The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES
BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 219
no. 1-13

RUO
a 00002 64669 4
DL

TR621
.T4U
V.219
N.1-13

KS
VE
on

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lachismosacomedi2191gasp

2978

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

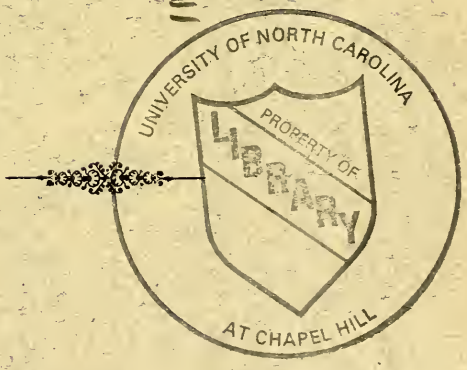
LA CHISMOSA

COMEDIA REFUNDIDA EN DOS ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. ENRIQUE GASPAR



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Guijón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1898

LA CHISMOSA

257799

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CHISMOSA

COMEDIA REFUNDIDA EN DOS ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO LARA el 28 de Febrero de 1898

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA SEÑORA RITA	SRA. VALVERDE.
MATILDE	PINO.
DOÑA ANTONIA	MAVILLARD.
DON SEVERO	SR. LARRA.
CARLOS	RAMÍREZ.
UN CRIADO	DE DIEGO.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

Despacho de banquero. Una escribanía. Armarios con documentos archivados y atriles con libros de contabilidad. Puerta al foro y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA

DON SEVERO sentado al pupitre, y la SEÑORA RITA con la mantilla puesta en disposición de salir

SEV. ¿Se va usted, señora Rita?
RITA Me voy un instante á ver
si puedo reconciliarme
con el padre Juan José.
SEV. ¿Están ustedes reñidos?
RITA Líbreme el Señor, amén.
Voy á ver si me confieso,
porque hoy somos veintitrés,
y hace justo siete días
que estuve la última vez.
SEV. Pues para ir á confesarse
cuatro veces cada mes,
tiene usted que pecar mucho.
RITA ¡Ay, qué cosas tiene usted!
Descargando la conciencia
se queda el cuerpo muy bien.
SEV. Sí, pero cuatro descargas
mensuales, pueden ser
muchas, y ese sacerdote...
RITA No importa: en cuanto me ve,

me dice: «¡Hola, parroquiana!
¿Qué hay?»

SEV. Ya debe de saber
de memoria y al dedillo
todas las culpas de usted.

RITA ¡Toma! ¡Si es mi confesor
ya desde el setenta!

SEV. ¡Ayer!

RITA Es un bendito, es un santo,
de la cabeza á los piés...
y las misas las despacha
en menos de un santiamén.
¡Y no es muy feliz el pobre!
Su casa es una Babel.
Cuando estuve á confesarme
la antepenúltima vez,
me dijo que había estado
casi á punto de romper
con el ama y con la chica.

SEV. ¿Con qué chica?

RITA La Isabel;
hija de un hermano suyo
que se murió en Aranjuez.
Porque es tan abandonada
la señora Paula, que...
que va el pobre por las medias
sacando siempre los piés.
Ellos viven en la casa
de ahí detrás; junto al cuartel;
en cuyo cuarto segundo
hay uno de tropa, que es...
ó teniente... ó general...
y al propio tiempo es también
muy aficionado al monte.

SEV. Será cazador.

RITA ¡Jé, jé!
¡Cazador! Es que va al juego.
Sin ir más lejos, ayer
dicen que perdió tres pagas...
y que las perdió, no sé
si contra un capón... ó un gallo.

SEV. Si perdió fué gallo inglés.

RITA Ya se ve, la militara
toma el desquite á su vez:

llama á Paula y á la chica,
y al burro juegan las tres,
siendo el monte del marido
calvario de la mujer.
Por supuesto, no es el monte
lo que mueve su interés,
si no que Paula es amiga
intima de la mujer
de un sastre que vive enfrente
de su casa, con la que
la militara sospecha
que le es su marido infiel:
y por ver si la sonsaca,
todo el día están las tres
con oros van, bastos vienen,
y todo lo paga, ¿quién?
el puchero que se sale,
la casa á medio barrer,
las luces por preparar,
y comer sobre un mantel
que parece la rodilla
con que se limpia el quinqué.
En fin, voy á confesarme.

SEV. Bien lo necesita usted.

RITA Todos somos pecadores.

SEV. Y pecadoras también.

RITA (Registrándose los bolsillos.)
No creo dejarme nada.

SEV. Todo se lo lleva usted.

RITA Rosario... pañuelo... libro...
Don Severo, hasta después.

SEV. (Compadezco al pobre cura.)

RITA Luego he de contarle...

SEV. ¿Eh?
¿Después de la confesión?
¡Bien hecho, señora, bien!
Eso es vaciar el costal
para llenarle otra vez.

RITA Señor, no calumnio á nadie.
¡Si todo lo que hablo es
por boca de los demás!

SEV. Verdad sin vuelta; y no sé
cómo hablando usted por tantos
no se le seca la nuez.

RITA Eso es llamarme... ¡Jesús!
SEV. No; habladora.
RITA (Bruscamente.) Hasta después.
(Vase foro derecha.)

ESCENA II

DON SEVERO y DOÑA ANTONIA, por la segunda izquierda.

ANT. Adiós, Severo.
SEV. Hola, prima.
ANT. ¿Y mi hijo?
SEV. ¿Carlos? Se fué,
pero no puede tardar.
ANT. ¿Qué tal se porta?
SEV. Muy bien.
ANT. Yo no sé cómo pagarte
lo que haciendo estás por él.
SEV. ¿Qué he hecho por vosotros más
que cumplir con mi deber?
¿Y el diablillo de Matilde,
por dónde anda?
ANT. La dejé
hace muy pocos momentos
acabando su *toilette*.
Hoy ya se pone de largo.
SEV. Antes se debió poner.
Ya verás desde mañana
salir novios á granel.
ANT. Lo sensible es que las chicas,
sin explicarse el por qué,
se enamoran casi siempre
de lo más malo que ven.
SEV. Por eso mismo quisiera,
ya que desde hoy el papel
que va á jugar es distinto,
que la hicieses conocer
cierto plan que tengo en ciernes.
ANT. ¿Sobre el casamiento?
SEV. Pues.
ANT. (Piensa casarla con Carlos.)
SEV. Hay que hacerle comprender

que es muy fácil confundir
con el oro el oropel,

ANT. La fortuna es lo de menos;
pues siendo un hombre de bien...

SEV. Juicioso.

ANT. Casero.

SEV. Humilde...

ANT. Sentado...

SEV. Aunque esté de pie...
No pollo...

ANT. Tampoco viejo...

SEV. Ya nos entendimos, ¿eh?

ANT. No dejas lugar á dudas.

SEV. Pues... sabiendo quién es él...
no extrañarás que su voz
embargue la timidez...

ANT. Timidez que no me explico.

SEV. Como ella es más joven...

ANT. ¡Psch!
El marido debe siempre
ser mayor que la mujer.

SEV. Entonces... tú la dirás...

ANT. Todo lo que debe hacer.

SEV. Que lo piense, y si me acepta,
me caso con ella, y...

ANT. (Asombrada.) ¿Qué?

SEV. Nada más.

ANT. (¡Necia de mí!
¡Y yo me he brindado á ser!)

MAT. (Dentro.)
¿Dan ustedes su permiso?

SEV. ¡Es ella, Antonia!

ANT. ¡Ella es!
(¡Cómo se le cae la baba!)

SEV. Entra.

MAT. (Saliendo primera izquierda.)
Presente.

SEV. (Por el traje.) ¡Muy bien!

ESCENA III

DICHOS y MATILDE

MAT. Ved la niña vivaracha
convertida en mujer hecha,
pues nosotras con la fecha...
mudamos también la facha.
(Da una vuelta y produce una pompa con el vestido, ahuecado por el aire.)

SEV. ¡Te he visto el pie! ¡Es un tesoro!

MAT. Mi conducta no es procaz...
porque eres moro de paz.

ANT. (¡Después te lo dirá el moro!)

SEV. Te halaga mucho á mi ver
tamaña transformación.

MAT. Es la primera ilusión
que alimenta la mujer.

ANT. (¡Tener yo que intervenir
para hacerle de ella dueño!)

SEV. Matilde... ¿cuál es tu sueño?

MAT. Te lo voy á referir.
Aspirar el dulce ambiente
de un salón rico en colores,
donde entre alfombras y flores
resbale el pie indiferente,
y allí, al plácido murmullo
de epigramas y elegías
que consumen las bujías,
ó de la orquesta el arrullo,
al eco fascinador
conque entre diversos giros
mézclanse llanto, suspiros,
risas, placer y dolor,
como apéndice al catálogo,
ver á un joven elegante
que, torturando su guante,
promueve el siguiente diálogo:
—Deme usted, pues huyen de ellos
porque acaso me comprenden,
esas violetas que penden
de sus hermosos cabellos.

—La demanda es atrevida.
—Disculpa tiene en mi amor.
—Mi rostro tiñe el rubor.
—Pida usté, en cambio, mi vida.
—No es posible. ¡Vano empeño!
—¡Por piedad! ¡Yo desvarío!
—¡Se cayeron! ¡Ah, bien mío!
—¡Ah, Fulanito! ¡Ah, mi dueño!
Hay criadas y propinas;
y él, aunque el tiempo esté vario,
viene de hortera honorario
á la tienda de la esquina.
Por supuesto, tú te opones:
y aunque respeto tus canas,
tú me cierras las ventanas
y yo le abro los balcones.
Me pongo enferma. ¡Oh, dolor!
Tú me das una repulsa;
viene el médico, me pulsa;
dice que padezco amor;
yo aseguro que me muero
si al fin por todo no pasas...
buscas al chico, nos casas,
y consigo lo que quiero.

SEV. Lo cual es fingir que el brillo
de mi cabeza respetas,
y me haces dar volteretas
lo mismo que un dominguillo.
De todo lo dicho, infiero
que, aun cuando sea un perdido,
como alguien te diga «envido»,
has de contestarle «quiero».

MAT. Antes echaré la sonda,
porque mi bello ideal
es un marido especial.

ANT. (Con marcada intención.)
Aviso á quien corresponda.

MAT. Si él envida, por supuesto,
yo haré lo que exija el caso.
¿Que no me conviene? «Paso».
¿Que me gusta el novio? «El resto».

SEV. ¿Y no habrá ya quien se esconda
del corazón en los pliegues?

MAT. Ninguno.

SEV. No me lo niegues.
MAT. Ninguno.
SEV. (A doña Antonia con intención.)
A quien corresponda.
Vaya, yo voy á salir;
porque, aunque nada me acosa,
no sé la tía qué cosa
te tenía que decir.
Conque aquí os quedáis las dos.
Antonia, díselo todo.
ANT. Descuida. (Con despecho comprimido.)
SEV. Pero de modo
que lo entienda.
ANT. Bien.
SEV. (Vase por foro derecha.) Adiós.

ESCENA IV

MATILDE, DOÑA ANTONIA y en seguida la SEÑORA RITA por el foro derecha.

MAT. Vamos, tiíta, ya puedes
explicarme lo que es eso.
ANT. Medio siglo, que ya es fecha,
cumplo el veintidós de Enero.
Calcula si habré podido
ver cosas en ese tiempo.
Pues...
RITA (Saliendo.) Alabado sea el
Santísimo Sacramento.
MAT. Felices, señora Rita.
RITA Muy buenos días. ¿Qué veo?
¿Ya te has vestido de largo?
Te sienta muy bien. ¡Qué cuerpo!
Algo mejor estás tú
que la sobrina del médico
de la casa de la esquina,
que parece un palo seco.
MAT. Pues, ¿no es hija esa muchacha
del doctor?
RITA ¡Quiá! ¡Ni por pienso!
Su madre es esa señora
que es rubia desde el invierno

pasado, porque es la moda
el volver rubio lo negro,
que tampoco es la mujer
del doctor, pues sé de cierto
que ella y su marido están
separados hace tiempo.

ANT. Señora Rita, por Dios,
repare usted... (Señalando á Matilde.)

RITA (Aparte.) No di en ello.
(Alto.) Vengo de San Luis; estaba
lleno de luces el templo:
los funerales hacían
hoy por el descanso eterno
de doña Antonia Mazanti.
¿Recuerda usted?...

ANT. No recuerdo.

RITA Aquella vecina nuestra
de la calle del Progreso,
que tenía aquel marido
que estuvo en presidio luego...

ANT. ¿Rezó usted la penitencia?

RITA No.

MAT. Pues vámonos adentro,
y allí me puedes contar...

ANT. Deja, no es ningún secreto.

RITA Hablen ustedes, que á mí
nada me distrae del rezo,
y lo que oigo yo es lo mismo
que si cayese en un cepo.

MAT. (En un cepo con orejas
y una lengua de barbero.)

ANT. Figúrate... (Es una cosa
tan difícil.)

RITA (Sacando el Rosario.) «Padre nuestro...»

ANT. Figúrate que tu tío,
que ya puede tener nietos,
se quiere casar.

MAT. ¡Jesús!
¡El!

RITA «Vénganos el tu reino...»
Ya lo sospechaba yo;
porque desde hace algún tiempo...
«Hágase tu voluntad»
no está el señor en su centro;

pues tan pronto piensa... «En
la tierra como en el cielo...»
hacer de lo negro blanco,
como de lo blanco negro.
No almuerza, come, ni duerme,
ni hace nada con acierto.
Saca cuentas, habla solo,
y, en fin, señora... «El pan nuestro
de cada día...»

MAT. ¡Es extraño!

ANT. Lo más extraño no es eso.
¿Contra quién dirás que atenta?

MAT. Pues... ¿contra una de su tiempo?

RITA (Acabando de rezar con precipitación.)
«Líbranos de mal, amén,
Jesús.» ¿A que yo lo acierto?

ANT. No es fácil, señora Rita.

RITA Con la sobrina del médico;
porque siempre que la ve
la regala caramelos.

MAT. ¡Si es una niña!

ANT. No es esa.

RITA Calle usted. Ahora recuerdo
que será esa chica guapa
sobrina de don Marcelo...
(Señal negativa de Antonia.)
¿No? «Dios te salve, María,
llena...» Entonces no hay remedio,
debe ser con otra.

ANT. Justo.

MAT. ¿Quién es, tía, quién?

ANT. Tú.

MAT. ¡Cielos!

RITA Pues la verdad; no he querido
decírselo á ustedes; pero
la noticia de esa boda
no me ha cogido de nuevo.

MAT. (Muy desconsolada.)
¡Volaron mis ilusiones!

ANT. También las mías huyeron.
Pero, no; ¡si es imposible
que el amor arda en su pecho!

RITA Entonces... si no es amor...
será... será... (Con alegría.)
¡Ya la tengo!

ANT.
MAT. } Sepamos lo que es.
RITA ¡Por Dios!
¡Encargo mucho el secreto!
ANT. ¡No faltaba más!
MAT. (Se agrupan.) A ver.
RITA Que están muy malos los tiempos,
es cosa fuera de duda.
¿No es verdad?
ANT. Sí. Desde luego.
RITA Pues si el tutor de Matilde,
que es el señor don Severo,
se ha encontrado de repente
sin lo suyo y sin lo ajeno,
¿quién nos puede asegurar
que no ha dicho en sus adentros?
«Matilde puede casarse;
si su marido no es lerdo,
me ha de reclamar la dote
y me pone en un aprieto;
pues hágola mi mujer:
tal vez mejoren los tiempos,
y... ¿Estamos? Pues es verdad
lo mismo que el Evangelio.
ANT. Señora Rita, es usted
una mujer de talento.
RITA ¡La experiencia, doña Antonia!
MAT. Yo no me inclino á dar crédito...
ANT. No lo dudes, criatura...
RITA Pues cásate.
MAT. Ni por pienso.
ANT. Los comerciantes no tienen
cariño más que al dinero.
MAT. Pues sabrá quién es Matilde,
ya que en cuestión de comercio
se propone convertir
el más puro sentimiento. (Campanilla.)
RITA El será, porque han llamado.
MAT. Pues idos, que llega á tiempo.
(Vanse Rita y doña Antonia.)
¡Calle! Es Carlos. Este sí
que me gusta; pero es memo.

ESCENA V

MATILDE y CARLOS, que sale por el foro derecha.

CAR. (¡Qué cara! ¡No tiene un tilde!)
Felices.
MAT. No hay de qué darlos.
CAR. ¡Ay!
MAT. ¿Por qué suspiras, Carlos?
CAR. Si no suspiro, Matilde.
MAT. Ya sabes que se te estima.
CAR. Gracias.
MAT. (En vano le esprimo.)
¿Qué es lo que decías, primo?
CAR. No decía nada, prima.
Merezco que se me azote.
MAT. Habla, no tengas empacho. (Gran pausa.)
(Pues señor, este muchacho
es tonto de capirote.)
CAR. (Y ella me incita... Me porto.)
MAT. (¡Qué babieca! Ni de encargo.)
CAR. ¡Qué veo! Ya vas de largo.
MAT. No me gusta nada corto.
CAR. (¡Pullita sobre pullita!
Pues, vaya, me decidi.)
Prima, estás mejor así,
porque así estás más bonita.
Y si de ello no te asustas,
ya que el temor deseché,
francamente te diré
que hace tiempo que me gustas,
que te amo con frenesí
ante todo y sobre todo;
que te quiero, en fin, de un modo
que sólo se expresa así.
(La besa la mano repetidas veces.)
MAT. Basta ya, Carlos. ¡Por vida!
Que aunque en tu candor te escudas,
si te lanzas...
CAR. (Queriendo volver á besarla la mano.)
¿Es que dudas?

MAT. (Retirándola.)
No, ya estoy muy convencida.
CAR. ¿Puedo en tu amor esperar?
MAT. (Aparte, retirándose á un lado.)
(¿Ven ustedes? Yo... accedía;
pero me ha dicho la tía
que no debo incomodar;
porque opina, y con razón,
que si al hombre se le escucha
sin resistencia y sin lucha,
se le marcha la ilusión...)
CAR. ¿Tienes corazón de hierro,
que á mi amor te muestras sorda?
MAT. (Pues, señor, vaya la gorda
con esta cara de perro.
(Frunciendo el ceño y con gravedad cómica.)
¡Basta ya! ¡Mi voz te intima
por tu inicuo proceder!
CAR. ¡Mujer!...
MAT. ¡Yo no soy mujer!
CAR. Prima...
MAT. ¡Tampoco soy prima!
CAR. (Es natural; me excedí...)
(Sale la señora Rita de la segunda izquierda y queda escuchando en segundo término.)
MAT. Prescindo del dicho: al hecho.
¿Quién le ha dado á usted derecho
para llegar hasta aquí? (Por la mano.)
Voy, pues la mancha distinta
vese aquí de su borrón, (Por la mano.)
á lavarme con limón,
que es como sale la tinta.
(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VI

CARLOS y la SEÑORA RITA

CAR. ¡Lo tengo bien merecido!
¡Soy un estúpido, un ganso!
RITA (Viniendo al proscenio.)
Que usted me crea, que no,
ya lo había sospechado.

CAR. ¿El qué, Rita?
RITA ¡Vamos, hombre,
no se haga usted el misántropo!
¡Si todo lo he estado oyendo
desde la puerta del cuarto!
CAR. (¡Es muy bonita costumbre!)
RITA Debe usted tener más ánimos.
CAR. ¿Cómo los he de tener
cuando ella me ha desahuciado?
RITA ¿Qué sabemos si será
para bien de usted, don Carlos?
CAR. ¿Cómo?
RITA ¡Psch! Nada.
CAR. Hable usted.
Mi ventura está en su mano.
Dígame usted lo que sepa.
RITA Por supuesto... (Encargándole el sigilo.)
CAR. Es excusado...
RITA Matilde es, en apariencia,
el mismo candor andando.
Pero ella ha dicho: «Mi primo
no debe tener un cuarto».
Por un lado ese temor,
y después, por otro lado,
la boda con que su tío
viene á remachar el clavo...
CAR. ¿Cómo? ¿La quieren casar?
RITA Es verdad; no le he contado...
Pues, sí, señor; don Severo
quiere unirse en santo lazo
con su sobrina Matilde.
CAR. ¡No es posible! ¡Estoy soñando!
RITA Y yo tengo para mí
que á ella le ciega el... (Seña de dinero.)
¿Estamos?
CAR. (Deberes de gratitud
vienen á cortarme el paso.)
Para evitar el tener
que hablar de este asunto ingrato,
voy á escribir á mi prima
dos letras.
RITA Estoy al cabo.
Yo serviré de Mercurio.
CAR. Pues al instante despacho.
(Se sienta y escribe una carta.)

RITA ¡Despreciarle! ¡Pobre chico!
¡Tan elegante! ¡Tan guapo!
¡Con un corazón tan noble!
¡Ay!... ¡quién tuviera quince años!
CAR. Tome usted, señora Rita.
(Dándole la carta.)
RITA Váyase usted descuidado.
(Vase Carlos por la primera derecha.)

ESCENA VII

LA SEÑORA RITA, y á poco MATILDE por la primera izquierda.

RITA Supuesto que viene abierta
enterémonos del caso ..
por si dice algo atrevido ..
(Al ir á abrirla aparece Matilde.)
MAT. Rita, te andaba buscando.
RITA (¡Qué lástima!) ¿Qué me quieres?
MAT. Figúrate tú que Carlos...
RITA Te ha declarado su amor.
MAT. ¿Cómo lo sabes?
RITA Y en cambio
tú le has dado calabazas.
¿Por qué tan mal le has tratado?
MAT. Porque aseguran que así
nos es más fácil pescarlos.
Pero á decirte verdad,
él es mi sueño dorado.
RITA Pues es menudo el disgusto
que tiene el pobre muchacho.
Te ha escrito estas cuatro letras
poco menos que llorando. (Le da la carta.)
MAT. (Leyendo.)
«Si te amé, fué en el calor
de un momento de arrebato:
después de lo que he sabido
ya no puede amarte, Carlos.»
¿Qué es esto, Rita? Esta carta
no es de un hombre enamorado.
RITA A ver, á ver... (Repasando la carta.)
MAT. Mi conducta
no merece tal agravio.

RITA (Leyendo.)
«Después de lo que he sabido...»
Ya está todo descifrado.
MAT. ¿Cómo?
RITA ¡Fíate en los hombres!
MAT. ¿Qué quieres decir?
RITA ¡Qué rayo
de luz!
MAT. Calma mi impaciencia.
RITA Nada, hija mía, que Carlos
ni te ha profesado amor
ni otro móvil se ha llevado,
que hacerse dueño del dote
que constituye su encanto.
MAT. ¡Rita! ¡Rita!... (Llorando.)
RITA Nada, olvídale,
que aún hay hombres á puñados.
(Limpiándole los ojos y besándola.)
Dame un beso y á vivir.
No llores, rosa de Mayo.

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA ANTONIA. Luego CARLOS y luego DON SEVERO. Después RITA

ANT. (Saliendo por la segunda izquierda.)
Señora Rita, el almuerzo
le pueden ir preparando.
RITA (Y tú puedes prepararte
para sufrir un mal rato.) (Vase foro.)
MAT. ¡Qué opresión tengo!... ¡Qué angustia!
ANT. Matilde, ¿qué es esto?
MAT. Acaso
sea un vahído; no sé...
(Se inclina sobre el pecho de Antonia.)
ANT. ¡Matilde! ¡Se ha desmayado!
¡Rita! ¡Carlos! (Llamando.)
CAR. (Saliendo primera derecha.)
¿Me llamabas?
¿Qué veo?
ANT. ¡Corre; en mi armario
estará el frasco del éter!

MAT. Ya me pasa... (Recobrándose.)
ANT. Sin embargo...
MAT. Si ya estoy bien.
SEV. (Dentro.) ¡El almuerzo!
ANT. ¿Qué has sentido?
MAT. Un arrebato
de sangre.
CAR. (¡Perjura!)
MAT. Al tío
no decirle nada.
SEV. (Saliendo por el foro.)
¡Bravo!
¡Todos juntos! ¡Lo celebro!
Pero, Matilde... ¿has llorado?
MAT. No, señor.
SEV. Pues lo parece.
ANT. (¡Qué situación!)
MAT. (Sonriendo.) Al contrario.
SEV. Y bien; ¿qué te ha parecido
la noticia que te han dado?
MAT. (Yo digo que no lo sé
y así salgo ahora del paso.)
(Mirando á doña Antonia.)
No sé... no me han dicho nada.
SEV. ¡Pues cumples bien mis encargos!
ANT. Se me... olvidó... sin querer...
SEV. ¡Parece que tenéis algo!
ANT. No lo creas.
MAT. ¡Qué aprensión!
SEV. (A Carlos.)
¿Y qué haces tú tan callado?
CAR. Nada... (¡Comiendo partidas!)
SEV. Tengo el deber de animaros.
RITA (Saliendo por el foro sin ser notada.)
(La situación culminante
creo que se ha presentado.)
SEV. Todos lo habéis de saber,
al postre, tarde ó temprano...
Si á ti te halaga la idea (A Matilde.)
de un cariño razonado
presidido por las canas...
no por el loco entusiasmo,
permítelo á un pobre viejo
que en su cariño escudado

te ofrezca con las del rostro
las arrugas de su mano.

RITA (¡Bonito presente!)

SEV. ¡Habla!

RITA (¡Pobrecita!)

CAR. (¡Estoy sudando!)

MAT. (Sin saber qué decir.)
Yo, tío.. recibo honor...
y ese cariño... templado...

RITA Pues yo soy de parecer...

SEV. (Sin hacer caso á Rita.)
¡Sublime discurso! Vamos,
Antonia, ¿qué dices tú?

ANT. Yo... Severo... sí, lo aplaudo...
El deber .. la gratitud...
el... las... pues...

SEV. Quedo enterado.

RITA Pues yo soy de parecer...

SEV. A ver lo que dice Carlos.

CAR. Yo... si... mi... la...

SEV. ¡Bien solfea!
¿Por qué no habéis de ser francos?

RITA Pues yo soy de parecer...

SEV. (Amostazado.)
¡Yo lo estoy siendo hace rato
de que me deje usté en paz
y no he podido lograrlo!
Yo os tenía por leales;
pero me he llevado chasco.
(Movimiento general.)

CRIADO (Saliendo por el foro izquierda.)
¡El almuerzo está servido!

SEV. Está muy bien, ahora vamos. (Vase el criado.)
En fin, vamos á almorzar.

MAT. Dispense usted si me marcho;
me encuentro un poco indispuesta
y me retiro á mi cuarto.
(Vase por la primera izquierda.)

SEV. Vamos nosotros.

ANT. Dispénsame...
si almuerzo me va á hacer daño.
(Vase segunda izquierda.)

SEV. Mejor, más ración tendremos.
Ven. (A Carlos.)

CAR. Yo no almuerzo, estoy malo.
(Vase por la primera derecha.)

SEV. (Sentandose á la mesa de despacho y dando un puñetazo fuerte.)
¡Pues yo estoy malo también!

RITA Y con el almuerzo, ¿qué hago?

SEV. ¡Se lo come usté, y revienta!

RITA (Jesús María, ¡qué bárbaro!
¿Qué tendrán? Me voy adentro
á ver si puedo oler algo.) (Medio mutis.)

SEV. Señora Rita. . dispénseme
si estuve con usted agrio.

RITA (¡Más que el vinagre de yema!)
Vamos, señor, me hago el cargo...

SEV. Dígale usted á Matilde
que haga el favor...

RITA (¡Temerario!)

SEV. De venir aquí un momento.

RITA Voy en seguida. (Me escamo.)
(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA IX

DON SEVERO, poco después MATILDE

SEV. ¿Me habré puesto en evidencia?
¿Es necia mi pretensión?
Creo que estoy en razón
y cumplo con mi conciencia.

MAT. (Saliendo por la primera izquierda.)
(¡Pobre tío!) ¿Quieres algo?

SEV. Quiero inquirir y saber...
porque, Matilde, á correr,
á mí no me alcanza un galgo.

MAT. No entiendo ..

SEV. Mira, yo sé
lo mal que habéis recibido
mi plan; pero no he podido
darme razón del por qué;
y aquí me tienes perplejo
y en un mar de confusiones.
Quiero saber las razones...

MAT. (¡Pues con mirarte al espejo!...)

SEV. ¿Tienes novio? La verdad.
MAT. No, tío.
SEV. Y yo... ¿te disgusto?
MAT. No, tío.
SEV. ¿Querrás á gusto
presentarte en sociedad
llamándote mi mujer?
MAT. Sí, tío.
SEV. ¿Sin que á la larga
pesada encuentres la carga?...
MAT. No, tío.
SEV. ¿Ni hacerme ver
que cometí un desvarío?
MAT. No, tío.
SEV. Mira, hija mía,
suprime esa letanía
que ya sé que soy tu tío.
Yo no te ofrezco un edén
ni ningún sueño dorado;
pero un amor razonado
sí puedo ofrecerte.
MAT. Bien.
SEV. En mí no hallarás pasión
sino una fe duradera.
MAT. Bien.
SEV. No hay dicha pasajera
cimentada en la razón.
Si algún funesto vaivén
no me empobrece, soy rico.
MAT. Bien.
SEV. Yo á nadie sacrifico.
Francamente, ¿aceptas?
MAT. Bien.
SEV. ¡Vaya un bonito percal!
Pues, bien, digo yo también;
mas suprime tanto bien,
que me estás haciendo mal.
MAT. Yo no sé, ¡pobre de mí!,
cómo agradarte consiga.
¿Pues qué más quieres que diga,
si á todo digo que sí?
SEV. Que no me rompas el cráneo
con tanto ambiguo concepto,

y que respondas «acepto»,
si es tu cariño espontáneo.

MAT. ¿Y cómo no lo ha de ser,
si nada en contra se opone?
Lo que mi tío dispone
yo lo debo obedecer.
Verás qué vida llevamos
tan fecunda en parabienes,
toda vez que grandes bienes
al matrimonio aportamos.
Tú destinas tu caudal
al negocio, le acrecientas
y vivimos con las rentas
de mi pingüe capital.
El tuyo se multiplica...
y aunque vivamos con fasto,
corre de mi cuenta el gasto...
¡porque yo debo ser rica!

SEV. (Su candor extraordinario
pone el secreto en relieve.)

MAT. Casémonos, tío, en breve.
¿Me enseñas el inventario? (Con intención.)

SEV. Aunque no nacen de ti,
ciertas dudas os oprimen,
sin calcular que es un crimen
el que se dude de mí.

MAT. ¿Qué estás diciendo? (¡Dios mío!
¡Ya lo acertó!...)

SEV. Vete, vete,
que no quiero ser juguete
de nadie.

MAT. Ya me voy, tío;
mas conste que el suspicaz
eres tú.

SEV. No hay que enfadarse.

MAT. (¿Será capaz de casarse
conmigo? ¿Sera capaz?)
(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA X

DON SEVERO. A poco CARLOS. Luego un CRIADO con una carta.

SEV. No es suya la iniciativa,
alguien la ha hablado al oido.
CAR. (Saliendo primera derecha.)
¡Malditas sean las cuentas,
los balances y los libros!
SEV. (Carlos. Acaso este sepa...)
Vas á ser franco conmigo.
¿Qué eran las frases cortadas,
las pullas y los supiros
con que hace poco mi plan
de boda habéis recibido?
CAR. Tío, yo le quiero á usted
con la ternura de un hijo,
y no sé si debo...
SEV. Debes.
CAR. Sé que alguien se ha permitido
decir que hace usté esa boda
en provecho de sí mismo.
¡Ah! Pero yo no lo creo.
SEV. ¿No recuerdas quién lo ha dicho?
CAR. No, señor.
SEV. Quizá... tu madre.
CAR. ¿Como?
SEV. Tu madre, repito.
CAR. Mi madre tendrá otras faltas;
ingrata, nunca lo ha sido.
SEV. Tú la debes defender;
pero yo tengo motivos..
CRIADO (Por el foro, con una carta.)
Una carta. (Se la da á Carlos.)
CAR. Y es urgente.
¿Esperan? (Abre la carta.)
CRIADO No me lo han dicho. (Vase.)
SEV. (Voy á ver ese balance...) (Medio mutis.)
CAR. (Después de haber visto la carta.)
¡Infeliz! ¡Está perdido!
SEV. ¿Quién?
CAR. Un amigo entrañable,

que se encuentra en un conflicto.
Ha jugado el infeliz...

SEV. ¿El infeliz?

CAR. Y ha perdido
un dinero que no es suyo.
Se encuentra en un compromiso
y quiere que yo le salve.

SEV. (¡Se necesita cinismo!)
Ese te quiere estafar.

CAR. El ha jugado impelido
por necesidades serias.

SEV. (Irónicamente.)
¿Qué me cuentas? ¡Pobrecito!

CAR. Yo tengo unos mil reales
economizados, tío.
Puesto que, según costumbre,
siempre por Pascuas percibo
los dos mil de mi trimestre,
présteme usted el servicio
de anticiparme esa suma.

SEV. Todo el que juega es un pillo.
Yo creo que ni á mi padre
le perdonaba ese vicio.
(Vase primera derecha.)

ESCENA XI

CARLOS, y poco después la señora RITA por el foro con billetes de Banco

CAR. ¡Si hallara quien me dejase
la suma que necesito!
Con la paga de mañana
saldaba la cuenta y listo.

RITA (Saliendo.)
Felices.

CAR. Hola.

RITA Don Juan,
el procurador, que vino
por más señas muy deprisa,
porque dice que á su niño
le tiene con sarampión
muy malito, muy malito,

pues se le ha metido dentro
por darle un refresco frío
contra la orden del doctor,
que se los mandaba tibios
á fin de hacerle sudar,
este dinero ha traído.

CAR. (Es una buena ocasión
que me depara el destino
Tomo lo que me hace falta
para salvar á Ramiro;
repongo mañana el déficit
con lo que me dé mi tío,
y hago la entrega completa.)
Venga. (Toma el dinero.)
(Lo que es el delito
No voy á hacer ningún mal,
y me ha entrado un sudor frío...)

RITA (¡Qué desconfiado que es!
¡se lo mete en el bolsillo!)

CAR. Diga usted, señora Rita.

RITA Mándeme usted, señorito.

CAR. Usted que todo lo sabe...

RITA Apostemos que adivino
lo que llama su atención.

CAR. No será extraño.

RITA De fijo
del llanto de su primita
quiere saber el motivo.

CAR. Cuanto concierne á Matilde
por inútil lo suprimo.

RITA Claro está: después de aquello...
Péro usted aun no me ha dicho
lo que quiere...

CAR. Por ventura
¿me ha dejado usted decírselo?
¿Podrá usted darme noticia?...

RITA ¿Del disgusto de su tío?

CAR. De cierta casa de juego
que hay, según tengo entendido,
en la calle de Alcalá.

RITA (¡Jesús! ¡Frecuenta garitos!)
No sé.. como yo no juego;
pero el lacayo Francisco,
que dicen que es punto fuerte,

debe saberlo, de fijo.
Voy á que me dé las señas. (Medio mutis.)

CAR. Deje usted, iré yo mismo.

RITA (¡Conque también jugador!)

CAR. No le diga usted al tío
que don Juan trajo estos fondos,
pues disponer necesito
de una parte hasta mañana...

RITA (¡Jesús, María! ¡Qué pillo!
¡Y quiere que yo le sirva
de tapadera!..) Carlitos..
hijo mío... reflexione
que corre usté un gran peligro!

CAR. ¡Señora Rita, por Dios!
no forme usted malos juicios
y no tema usted por mí
que ya no soy ningún niño.

RITA Por eso precisamente...

CAR. Silencio, que llega el tío.

ESCENA XII

DICHOS y DON SEVERO por la primera derecha

SEV. ¿Qué es eso? ¿Vas á salir?

CAR. Según usted me previno
iba á casa de don Juan.

SEV. Es verdad. Vuelve prontito.

CAR. Adiós. (Aparte á Rita.) (¡Silencio!)

RITA (Aparte á Carlos.) Don Carlos,
puede usted irse tranquilo;
secreto que me confían
no me lo arrancan ni á tiros.
(Vase Carlos por el foro. Rita con intención á don Severo.)
Se va á casa de don Juan.

SEV. Eso parece.

RITA Es buen chico,
va á cobrar los alquileres.

SEV. Lo supongo.

RITA Por lo visto
no trajo don Juan los fondos.

SEV. Sin duda.

RITA Ya lo colijo.
Señor, harto sabe usted
que yo jamás me he metido
en cosas que no me importan,
mas no desprecie mi aviso.
(Con mucho misterio.)
Los ambiciosos abundan,
el mal tiene su atractivo...
y yo no quiero ser cómplice
de semejante delito.

SEV. ¡Señora, reviente usted
con mil diablos!...

RITA (Siempre con misterio.) Ha venido.

SEV. ¿Quién?

RITA El.

SEV. ¡Pues quedo enterado!
¿Quién es él?

RITA El susodicho;
el que recauda los fondos.

SEV. ¿Don Juan?

RITA Sí, señor, el mismo.

SEV. ¿Y qué?

RITA Que trajo el dinero.

SEV. ¿Y en dónde está?

RITA En el bolsillo
de don Carlos.

SEV. ¡Cómo! ¿Es él
quien la cuenta ha recibido?
¿Pues no dice que iba á verle?

RITA (Con aprobación.)
¡Donde marchó es á un garito!

SEV. ¿Qué me dice usted?

RITA ¡Que juega!

SEV. No es posible ¡Ah! Ya adivino.
Ha dispuesto de esos fondos
para salvar á su amigo,
mientras percibe su paga.
¡Qué corazón tan magnífico!
(¡La intención lava la culpa!)

RITA Yo estuve como un martillo
machaca que te machaca,
pero de nada ha servido.

SEV. Tiene usted, Rita, la lengua
más viperina que he visto.

Carlos se marchó á esa casa,
porque debió, porque quiso,
porque tiene allí un negocio,
porque le mandé yo mismo.

RITA (¡Calle! ¡El mismo le mandó!
¿Será que estén convenidos
y éste prestará el dinero
que va á apuntar su sobrino?)

SEV. Y hágame usted el favor
de corregirse ese vicio,
que es la boca de usted vaina
de un alfange damasquino.

RITA Lo que es eso, don Severo,
no puedo yo permitirlo.
Todos nos equivocamos.
Ni yo en mi vida he tenido
que acusarme de embustera,
ni menos del torpe vicio
de irle con chismes á nadie.
Por mí no habrá usted sabido
que la cocinera compra
un kilo de solomillo
y que sin ley ni conciencia
le pone en la cuenta cinco.
Tampoco seré yo causa
de que sepa que Francisco
se juega al monte el dinero
que le dan para utensilios
de la cuadra, y que se come
hasta el pienso del Tordillo.
Ya ve usted si yo sé cosas,
pues con todo no las digo.

SEV. Dejemos eso, y hablemos
de otra cosa.

RITA (Ya adivino...)

SEV. ¿Quién ha soltado la especie
de que yo el proyecto abrigo
de casarme con Matilde
por el interés mezquino?

RITA ¿Tengo yo también la culpa
de que digan?...

SEV. ¡Si no digo
que tenga la culpa usted!...
La pregunto quién ha sido...

RITA Pues... lo ha dicho doña Antonia.
SEV. (Bien supuse.) Y ¿qué motivo
le puede haber impulsado?
RITA ¡Es usted lo más bendito!
¿Quién es aquí la heredera
si usted muere?
SEV. No adivino...
RITA Pues como es muy natural
que cuando falte su tío
cargue con todo Matilde,
doña Antonia, que ha sabido
que la chica era gustosa
de casarse con su tío...
se ha forjado tal calumnia
para romper esos vínculos...
y ver si puede casar
á la chica con el chico.
SEV. ¡Cómo! Carlos y su prima...
¡Qué rayo de luz percibo!
Yo sabré hacerlos felices
aun á costa de mí mismo.
RITA Pero ¿qué está usted diciendo?
¿Casar pretende á los chicos
cuando no se pueden ver?
SEV. ¿Pues no se quieren?
RITA Lo mismo
que perro y gato. Señor,
madúrelo usted con juicio,
que eso fuera realizar
de doña Antonia el designio.
SEV. Es usted, buena mujer,
el animal más dañino.
(¡Esta víbora es capaz
de volver á un santo el juicio!)
(Vase por la primera derecha.)

ESCENA XIII

RITA

La culpa la tengo yo
por querer prestar servicios
á gente tan descastada,

que muchísimos domingos
se quedan sin ir á misa
por dormir. ¡El señorito!
(Viendo entrar á Carlos por el foro.)

ESCENA XIV

RITA y CARLOS

CAR. (Saliendo por el foro.)
(Mi deseo he realizado
y mi deber he cumplido.)
RITA (Este, el dinero ha perdido
y viene desconsolado.)
¿Qué le ocurre?
CAR. Lo diré,
si es que la ansiedad me deja.
(Voy á engañar á esta vieja,
y después conoceré
el cariño de mí tío.)
RITA ¡Hable usted! ¡Viene agitado!
CAR. ¡Ocurre un desaguisado,
una catástrofe, un lío!
Por el noble sentimiento
de la amistad impulsado,
y con el pecho agitado
por la emoción y el contento...
(¡Nada, la debo engañar!...)
Subí á esa casa maldita,
donde el hombre ya se quita
la vergüenza para entrar.
Y al recordar la pasión
que Matilde me inspiraba,
viendo que ella postergaba
mi cariño á su ambición,
con el ejemplo que allí
dejome la suerte ver,
los ojos cerré al deber,
me lancé, jugué y perdí.
RITA ¡Jesús!
CAR. La cosa es sensible
y con el peor me igualo.

RITA (¡La vida del hombre malo!)
¡Juega y pierde!...
CAR. ¡Esto es horrible!
(Se la ha tragado) ¿Qué hacer
para hallar ese dinero?
RITA ¡Virgen Santa! ¡Don Severo
cuando lo llegue á saber!...
CAR. (Tan pronto como lo veas.)
RITA ¿Cómo salir adelante?..
CAR. (Desesperación cómica.)
¡No sé! ¡Desde hace un instante
tengo muy negras ideas!

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA ANTONIA, luego MATILDE. Las dos salen por la primera izquierda

ANT. ¿Qué hacen ustedes aquí?
¿Estás triste? ¿Qué ha pasado?
CAR. Nada de particular.
RITA (Aparte á Carlos.)
(Déjelo usted á mi cargo.)
El chico está pesaroso,
porque cualquiera en su caso
lo mismo haría... Matilde...
¡Cosas al fin de muchachos!
¡No se ha dignado admitir
el cariño de don Carlos!
ANT. Si yo ya lo tengo dicho,
que es el enemigo malo
la tal Matilde. Quisiera
que me estuviera escuchando.
RITA (Mirando por la primera izquierda.)
Pues mire usted, aquí viene:
más á tiempo, ni de encargo.
(Sale Matilde primera izquierda.)
ANT. Puedes en tu obra gozarte;
contempla el dolor de Carlos.
CAR. No insistais.
MAT. ¿Qué estás diciendo?
RITA (Pues esta le canta claro.)
ANT. Que puedes en tu ambición

dar á Severo la mano
de esposa, sin reparar
que has inferido un agravio
al que tův o la desdicha
de amarte con entusiasmo.

MAT. Yo mi cariño no vendo.
Y en cuanto á mi primo Carlos,
le llevo en el corazón
há mucho tiempo grabado.

CAR. ¿Qué escucho?

ANT. ¿Será posible?

RITA No me engaña ningún chato;
la niña tiene su plan
y maneja bien los dados.

ANT. (A Carlos)
Parece que no te alegras.
¿No eres feliz?

CAR. Al contrario.

(Doña Antonia y Carlos hablan bajo, mientras Rita habla á un lado con Matilde.)

RITA (Sabes tú por qué está triste?)

MAT. (¿Por qué?)

RITA (Lo he averiguado:
porque acaba de jugarse
la cuenta de inquilinatos.)

MAT. (¿Qué dices?)

RITA (¡Que es un bribón!
¡Que solo busca los cuartos,
y al perder tu dote se echa
á los piés de los caballos
y de las sotas!..)

MAT. (¡Dios mío!).

RITA (Quede el tío vindicado.)

MAT. (Me avergüenzo de tal duda.).

RITA (Pues silencio.) (Alto á doña Antonia.)
Vamos, vamos,
¡cuánto celebro que al fin
se haya el asunto arreglado!

ANT. ¡Pues si es lo más natural
que se quieran dos muchachos!
¡Pero este chico está triste!...

MAT. (¡Qué terrible desengaño!)

ESCENA XVI

DICHOS y DON SEVERO por la primera derecha

SEV. ¿Qué es eso? ¿Sólo á mi vista
os quedáis petrificados?
Una noticia agradable:
Matilde y yo nos casamos.
RITA ¿Agradable?
SEV. ¡Desde luego!
RITA (¡No dirá lo mismo Carlos!)
MAT. Yo...
ANT. Pues...
RITA Por mí...
CAR. (¿Qué diré?)
SEV. ¿Os habéis apoderado
de los puntos suspensivos
otra vez? ¡Hay que ser francos!
Es tanta mi indignacion,
mi ciego furor es tanto...
ANT. ¿Cómo?
SEV. Que quiero vengarme,
y, al efecto, en mi arrebato,
mando que, sin dilación...
se casen Matilde y Carlos. (Sensación.)
CAR. (¡Qué corazón!)
ANT. (Muy alegre.) ¿Es posible?
RITA (Aparte á don Severo.)
(¡No sea usted temerario!)
SEV. (¿Cómo?) (Aparte á Rita.)
RITA (No se pueden ver...)
SEV. (¿Qué dice usted?)
RITA (Ni pintados.)
SEV. (Eso no puede ser cierto.)
(Alto á Carlos y Matilde.)
Dadle á este viejo un abrazo,
y sellad vuestro cariño
con un apretón de manos.
MAT. Tío, yo agradezco á usted
el móvil que le ha impulsado;
pero no puedo... ni quiero,
llamarme esposa de Carlos. (Sensación.)

RITA (Aparte á don Severo.)
(¡Si se quieren que se adoran!)
SEV. (¿No decía usted?...)
ANT. (¡Qué chasco!)
SEV. ¿Queréis que me vuelva loco?
Habla. (A Carlos.)
CAR. ¡Soy pobre!
MAT. Rechazo
suposición tan indigna.
Si ahora te niego mi mano
no es por el vil interés,
sino porque yo no te amo...
aun más: porque te aborrezco.
TODOS ¡Cómo!
RITA (Aparte á don Severo.)
(¿Lo está usted mirando?)
SEV. (¿Será cierto?) Muy sensible
me es haberme equivocado;
pero no tiene remedio;
y pues por lo dicho alcanzo
que Matilde aprueba al fin
aquel plan... descabellado,
le haré una revelación
si no influye en su ánimo,
con orgullo, al pie del ara,
la llevaré por mi mano.
RITA (¡Qué será!)
SEV. (Van á venderse
sin querer. ¡Silencio, Carlos!)
Llevado del mejor celo
y del objeto más santo,
de Matilde, el patrimonio
con mis fondos asociado
casi llegué á duplicar
en negocios arriesgados;
pero un cúmulo imprevisto
de inevitables quebrantos,
á menos de una mitad
reducido le ha dejado.
TODOS ¡Cómo!
ANT. (A Matilde.) Aprende á conocer
si te dan consejos falsos.
SEV. (Antonia fué.) Habla, Matilde.
MAT. (De pena me estoy ahogando.)

No toquemos este asunto...
soy aun muy niña... no alcanzo
por qué atropelláis sucesos...

RITA (Aparte á don Severo.)
Vaya, ¿lo está usted mirando?

SEV. (A Matilde.)
No padezca tu ambición:
tus fondos están doblados. (A doña Antonia.)
Si no he malversado nada,
¿por qué hacerme tanto daño?

ANT. Severo, tú me acriminas
sin que haya abierto mis labios.
Pregúntaselo á Matilde.

MAT. Yo no he dicho...

RITA ¿Qué apostamos
á que á echarme van las culpas
de todo lo que ha pasado?

ANT. Puede.

SEV. Rita es inocente;
yo la defiendo.

ANT. Lo alcanzo,
toda vez que en el complot
juega un papel mercenario.

SEV. Yo sé lo que hacer me toca.
Vénte tú conmigo, Carlos.
(Vanse Carlos y don Severo por la primera derecha.)

RITA Matilde.

MAT. Déjeme usted. (Vase primera derecha.)

RITA No recuerda usted que estábamos...

ANT. Vaya usté á rezar, señora.
(Vase primera derecha.)

RITA Pues, hombre, ¡vaya un descaro!
Si ahora el amo no me auxilia,
mi buen nombre comprometen.
No hay más remedio, me meten
en un chisme de familia.
¿Quién habrá armado un belén
de semejante calibre?
¡Jesús! El Señor nos libre
de una mala lengua, amén.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON SEVERO y CARLOS, revolviendo papeles.

SEV. Cuando al hombre se le vuelve
la fortuna del revés,
no hay más que tener paciencia.
CAR. Pero ¿qué le pasa á usted?
SEV. Vete al Banco, y con mi firma,
descuenta estos pagarés
y hazte al momento con fondos.
Necesito disponer
de un millón en efectivo
para mañana á las diez.
CAR. ¿Por qué con tanta premura
busca usted fondos? ¿Por qué,
cuando tenemos previstos
todos los gastos del mes?
SEV. Este es un secreto, Carlos,
que ahora no puedes saber.
CAR. Pero tío, no es posible
que sin decirme el por qué
vaya á cumplir unas órdenes
tan absurdas á mi ver;
al tipo á que está el descuento,
su ruina es segura.
SEV. ¿Y qué?

¿Qué me importa á mi la ruina
si mi honor se salva?

CAR. ¿Pues?...

SEV. Dudan de mí, y probar debo
que soy un hombre de bien.

CAR. Pues ahora menos que nunca
puedo yo prestarme á ser
instrumento de una causa
que á mí me afecta también.

SEV. No te entiendo.

CAR. Que esas dudas
las hace partir usted
de mi madre, y yo no puedo
consentirlo.

SEV. Y haces bien.
Procediendo cual buen hijo
ese es, Carlos, tu deber;
pero el autor del insulto
ya no excita mi interés.
El hecho es que me deshonran
y me debo defender.

CAR. ¿Posible es que en indigencia
quiera usted trocar su tren
por una frase vertida
por una infame tal vez?

SEV. ¿Cómo?

CAR. Rita.

SEV. ¿Rita?

CAR. Sí.

SEV. ¡Poco la conoces!

CAR. ¿Eh?

SEV. Su lengua no reproduce
si no lo que oye.

CAR. (Irónicamente.) ¡Muy bien!

SEV. Charla mucho; mas no inventa.

CAR. (Es ciego.)

SEV. Vamos á ver;
aunque ella fuese la causa,
¿por ventura encuentras bien
que la apoyen y hagan todos
en esta farsa papel?

CAR. Me hieren esas sospechas
y debo en claro poner...
(Medio mutis.)

SEV. ¿A dónde vas?
CAR. A llamarlas,
y que digan de una vez...
SEV. Basta. Vete á lo que he dicho.
CAR. Está bien, tío, me iré. (Vase.)

ESCENA II

DON SEVERO y en seguida MATILDE

SEV. Yo les haré ver á todos
su perfidia y su doblez.
MAT. ¡Gracias á Dios que te encuentro!
SEV. ¿Qué quieres de mí?
MAT. Saber
por qué diste ese espectáculo
no hace mucho.
SEV. ¿Y el por qué
no has podido sospechar?
MAT. ¿Yo? No tal. (Con mucha candidez.)
SEV. (Irónicamente.) ¡Qué candidez!
(La más niña, en el mentir
se revela al fin mujer.)
MAT. (Con tono de la mayor inocencia.)
Me molesta esa ironía.
SEV. ¡Bueno... la retiraré!
(¡Ay, Severo!... ¡Estás vencido!)
MAT. (Siempre en el mismo tono.)
Habéis dado en suponer
que soy precoz... y que tengo
un talento claro... y que...
que siento crecer la yerba...
¡Qué he de sentir yo crecer!...
¡Nada! Soy una infeliz
que todo lo encuentra bien...
y á la cual cualquiera engaña.
SEV. (¡Y que me va á hacer perder
los estribos! ¡Es tan mona!)
(Alto, con gravedad cómica.)
Estoy jugando el papel
más ridículo del mundo.
MAT. ¿Sí? ¿De veras? ¿Y por qué?
SEV. Cuando loco ó visionario,

pero lleno de honradez,
mi plan absurdo os propuse
no fuísteis francos los tres
para decirme: «El amor
nunca se limita á hacer
lo que dicta la cabeza;
y tú habrás visto después
que tomabas por cariño
lo que era todo chochez.
¡Si soy niña, tú eres viejo!
Yo respetarte sabré,
pero quererte, jamás;
que entre el amor y el deber
está el recuerdo que á Carlos
guardo desde la niñez.»
Y no que con el silencio
más criminal, más cruel,
sin miramiento á mis canas,
sin ver mi hombría de bien,
mi fama llevais en lenguas
y mi honor entre los piés.

MAT. (Aquí hay que formalizarse
para acabar de una vez.)
Tío, el hablar de ese modo
es pintar como querer;
pero si piensas con juicio...

SEV. ¿Cómo?

MAT. Y si del interés
particular te despojas
y la razón quieres ver,
recordarás que el amor
de mi primo desprecié.

SEV. Por causas que no se ignoran.

MAT. Pues te equivocas también;
que fué... por causas que callo...
y no debes tú saber. (Muy marcado.)

SEV. ¿Qué?

MAT. Y en cuanto á la calumnia
que me achacan con doblez,
quizá la señora Rita
pueda de ella responder.

SEV. ¿La señora Rita? ¿Cómo?
¿Tú la acriminas también?

MAT. Parece que no conoces

á las personas. Pues ¿qué?
¿Nada te dice ese afán
de inquirir y de saber,
que más que del pan que come
se nutre Rita con él?
¡Tío, no ver ciertas cosas
es como estar en Belén!

SEV. ¡Matilde! (¡Diablo de chica!
¡Nada, que me va á envolver!)
(Transición, procurando ser grave)
Lo cierto es que en casa todos
están jugando al cordel
con una gracia especial;
y según las cosas veis,
uno tira y otro afloja
para que me enrede en él.

MAT. Pues abre los ojos, tío,
y explícate de una vez,
porque no te entiendo.

SEV. Rita
podrá sus faltas tener,
como todos las tenemos;
pero en vano pretendeis
sacudiros vuestras culpas,
porque si al cabo igual es
para mí la consecuencia,
voy á cumplir mi deber,
y veremos de este modo
si descanso de una vez.

MAT. ¿Pues qué intentas?

SEV. Realizar
mis fondos.

MAT. ¿Y para qué?

SEV. Para rendirte las cuentas
de lo que forma tu haber,
y depositar mañana
la tutoría en un juez.

MAT. ¿Qué has dicho? Eso es imposible:
yo no he comprendido bien.
¿Separarme de tu lado
para entregarme á merced
de un hombre que su cariño
cifrará en el interés,
y que en lugar de su boca

pondrá en mis manos la ley?
Sé que es solo una amenaza
y me hace un daño cruel.

SEV. Mañana mismo, Matilde,
ceso en mi cargo.

MAT. Pues qué,
¿será verdad?

SEV. Yo, en mi vida
he mentido ni una vez.

MAT. (Llorando.)
Madre mía de mi alma,
¿por qué te perdí, por qué?
Ya que de una pobre huérfana
(Con gravedad.)
que tanto le quiso á usted
así desprecia el cariño,
la lealtad y el interés
que de su segundo padre
le inspiraba la vejez;
ya que vilmente arrojada
del paterno hogar se ve
para comprar con dinero
lo que no venden con él;
ya que este llanto no alcanza
su alma dura á conmover;
ya que hasta el santo recuerdo
de mi madre huella usted,
y ya, en fin, que así me insulta
con su indigno proceder,
dejaré esta casa al punto:
me dará abrigo la ley,
usted vivirá feliz,
yo de pena moriré;
pero todo lo perdono,
porque valgo más que usted. (Vase.)

ESCENA III

DON SEVERO, á poco RITA

SEV. Es verdad, tiene razón,
me ha llegado á conmover.
Esto no es cumplir las órdenes

que recibí de Manuel.
Porque ellos se porten mal,
¿no he de portarme yo bien?
Me voy en busca de Carlos;
es preciso suspender
las ventas que, en un momento
de arrebato le ordené.
Tal vez le encuentre en el Banco.

RITA Me alegro de verle á usted,
porque tengo que contarle...

SEV. No me puedo detener.

RITA Son dos palabras.

SEV. Ni media.
¡Contento me tiene usted!
Quede usted con Dios, señora. (Vase.)

ESCENA IV

RITA, y á poco DOÑA ANTONIA

RITA Señor, vaya usted con él.
¿Qué mosca le habrá picado?
¡Jesús, María y José!
¡Cuando digo que entre todos
van á armarme algún belén!
¡Si no se puede ser buena!
Si en haciéndose de miel...

ANT. ¿Dónde tiene usted el te,
señora Rita?

RITA En su sitio:
en el estante tercero
le dejé yo del cuartito...
delante de la ventana
que da al patio del vecino
por donde hablaba Manuela
con el asistente bizco,
aquel que con una caña
nos robaba los chorizos.

ANT. Sí, ya sé.

RITA ¿Quién está malo?

ANT. Nadie; sino que ha tenido
Matilde una convulsión.

Nada dice, pero opino
que ella debe tener algo.

RITA Ya lo creo: y bien sencillo
de adivinar es.

ANT. Pues yo
soy más torpe, y no he podido...

RITA Yo se lo diría á usted,
mas tengo miedo á un conflicto,
que luego dicen que yo
soy quien arma caramillos.

ANT. ¿Quién piensa en usted, señora?

RITA No hace mucho usted lo ha dicho.

ANT. Señora Rita, ¿va usted
á meterme en otro lío?
Con ella es mi indignación,
por lo hipócrita que ha sido.

RITA Pues está echando las cuentas
al negocio de su tío.
Las canas le asustan mucho,
mas como la gusta el trigo...

ANT. ¿Sí?

RITA Ustedes no la conocen.
Se casa con él, de fijo.

ANT. ¿De veras?

RITA ¡Vaya! A estas horas
ya están los dos convenidos.

ANT. Mentira parece.

RITA Pero
no lo es. ¡Cuando yo lo afirmo!

ANT. Lo cierto es que no esperaba
tal proceder de mi primo.

RITA Ni nadie, señora, nadie.

ANT. Pero yo tengo motivos...

RITA ¿Sí?

ANT. Francamente, creí
que se hubiera conducido
de otro modo.

RITA ¿Sobre qué?

ANT. Sobre su boda.

RITA ¡Ah! (Ya atino.)
Vamos, usted esperaba
que, al unirse en santo vínculo,
lo hiciese con...

ANT. Sí, con otra
cualquiera.

RITA Ya, ya; entendido.
(Con ella.)
ANT. Y puesto que á Carlos
profesa tan gran cariño,
lo natural á mi ver
era casar á los chicos.
RITA (Esta mujer tiene el plan
de comer á dos carrillos.)
Y es natural; yo también
me figuraba lo mismo,
porque alguna recompensa
merecen usté y su hijo.
ANT. Yo no diré que nosotros
contemos con grandes títulos;
pero hay hechos en la vida
que los dicta el raciocinio,
y recuerdos que debieran
haber sobre él influído.
RITA Ya lo sospechaba yo.
Sin duda algún extravío
que tuvo en la juventud.
ANT. No es eso.
RITA Pues no adivino...
ANT. Esto es una confianza
que con usted me permito;
por lo tanto... (Indicando el secreto.)
RITA Usted me ofende.
Yo soy el silencio mismo.
¡Soy una tumba, señorá!
ANT. Severo y yo nos quisimos
cuando jóvenes.
RITA (¡Qué tal!
¡Tengo el olfato más fino!)
¿Y eran ustedes pequeños?
ANT. No, señora.
RITA (¡Talluditos!
Ya alcanzo las atenciones
que tiene con ella el primo.)
ANT. La razón no es persuasiva;
pero allá en el fondo abrigo
la convicción de que un hombre
que poseyó mi cariño,
debiera con cierto afán
labrar la dicha de un hijo.

RITA ¿Pues por qué no le habla usted?
Dándole acaso en lo vivo...
ANT. No, señora Rita, nunca;
fuera en mí muy poco digno.
El es quien en este caso
debiera haber procedido
con arreglo á su conciencia,
salvando, al par que el ridículo,
consecuencias que una boda
desigual lleva consigo.
RITA («¡Con arreglo á su conciencia!»
Yo creo que esto no es gringo.)
Pues yo de usted, doña Antonia,
le hablaría muy clarito.
El que la haga que la pague.
ANT. No, Rita; ya he recibido
bastantes favores suyos
y temo abusar.
RITA ¡Qué pícaro!
La verdad es que está todo,
señora, muy pervertido.
Yo recuerdo que en mis tiempos...
y no soy ningún vestiglo,
si alguna joven tenía
por desgracia un extravío,
era á la buena de Dios
y sin malicia el delito;
pero, señora, ¡qué escándalo!
ve usted por la calle niños
que apenas saben hablar
y ya fuman, y hacen cosas
peores... los angelitos.
ANT. Yo, con la conversación,
de mi sobrina me olvido.
Voy á darle el té. Hasta luego.
RITA Vaya usted con Dios,
ANT. ¡Sigilo! (Vase.)

ESCENA V

RITA y á poco DON SEVERO

RITA ¡Por supuesto que esto ya
me lo tenía yo olido!

¡Ay! ¡Que aun no he rezado el credo
que me falta! ¡Qué delito!
(Pausa durante la cual se ensimisma y mueve los labios para rezar.)
«Y la vida perdurable,
amén Jesús.» Ya he cumplido.

SEV. (Aparte, entrando.)
Gracias á lo que corrí
llegué á tiempo de impedirlo.
(¡Rita! De su indiscreción
voy á servirme á mansalva:
ya que la ocasión es calva
no perdamos la ocasión.)
¿Qué hace usted tan sola aquí?

RITA Nada, señor; calculando
que el tiempo ya va pasando
muy deprisa para mí.
La vida es ilusión vana.
Parece ayer año nuevo
y, ni á pensarlo me atrevo,
ya es Nochebuena mañana.

SEV. Mañana, sí, no hay falencia.
¿Tendremos extraordinario?

RITA No, que reza el calendario
ayuno con abstinencia.
Después de las doce, sí
pueden comerse capones,
y mazapán y turrones...

SEV. Me gusta ayunar así.
Por más señas, que los saldos
de unas cuentas olvidé.
Cancelemos la de usté.
Tome usted los aguinaldos.

RITA (Alargando la mano.)
¿Se va usted á molestar?...
¡Cinco duros para mí!
(Lo que es rumboso, eso, sí,
no se le puede negar.)
Pero yo no sé si debo...
¿Para qué tanta merced?

SEV. Para que se compre usted
un devocionario nuevo.

RITA Yo procuraré, señor,
corresponder como deba...

SEV. Pues para darme una prueba
va usted á hacerme un favor.
RITA No tiene usted que pedirme
favores, sino mandar.
SEV. Me va usted á contestar
con franqueza y sin mentirme.
Rita, ¿es usted quien ha dicho
que yo al casarme especulo?
RITA («Ya le ví la oreja al mulo»,
que suele decir el dicho.)
¡Jesús mil veces! ¡Pensar
de mí acción tan vergonzosa!
¡De mí, que no hago otra cosa
que estar al pie del altar!
¡Profanar, ni por asomo,
con esa calumnia el nombre
del amo mío! ¡Del hombre
á quien debo el pan que como!
¡No sufriera yo tal mengua
por esa infame impostura
si á todo aquel que murmura
se le cortase la lengua!
SEV. Pues más llanto no derrame,
que al ver hecho tan procaz
no la supuse capaz
de una cosa tan infame.
Pero usted debe saber
quién es de todo el autor.
RITA ¿Pues no lo he dicho, señor?
La que va á ser su mujer.
SEV. Pero, Rita, con razón
me hace pensar su inocencia
que de tamaña imprudencia
no es suya la inspiración.
RITA O habla usted con acrimonia
ó no sé qué significa...
No me refiero á la chica,
lo digo por doña Antonia.
SEV. Vamos por puntos, á ver,
que casi estoy confundido...
¿No dice usted que lo ha urdido
la que va á ser mi mujer?
RITA Justamente.
SEV. Pues, señora,

cada vez me ofusco más.
¡Vaya! Volvamos atrás.

RITA Es verdad que usted ignora.

SEV. Hágame usted la merced
de decirlo claro y pronto.

RITA Que su prima, haciendo el tonto,
le quiere atrapar á usted.

SEV. ¡Cómo!

RITA Casarse, no hay duda.

SEV. Las digresiones suprima:
¿quién ha dicho que mi prima?...

RITA Mire usté si es poco aguda:
mientras creyó que Matilde
desaprobaba el proyecto,
vió la boda sin efecto
y estuvo sumisa, humilde;
pero así que á la muchacha
casi decidida vió,
su lengua se desató
y empezó á esgrimir el hacha
para hacer que la inocente
desistiese de su empeño,
y lograr ella su sueño
que es, sin disputa, el siguiente:
tender con maña la red;
pues como dejo advertido,
tiene empeño decidido
de casarse con usted,
para, envuelto en un «te quiero»,
tapándole á usted los ojos,
llevado al altar de hinojos,
atraparle su dinero;
y á los chicos, ya ella rica,
ver el modo de casarlos,
á fin de que su hijo Carlos
le pille el dote á la chica.
Por lo que si el hecho pasa,
cual lo estudiaron arteros,
le dejan á usted en cueros
y todo se queda en casa.

SEV. Usted sí tiende la red
con sus palabras capciosas.

RITA ¿Cómo, señor?

SEV. Que esas cosas
son pura invención de usted.

RITA ¿Qué dice usted?
SEV. Y es muy feo...
RITA Yo no invento á mi capricho,
que ella misma me lo ha dicho.
SEV. Pues vamos, yo no lo creo.
RITA Sería mucha imprudencia
por mi parte, y... ¡vaya! No.
¿Me había de inventar yo
lo del caso de conciencia,
y si usté en sus mocedades
tuvo con ella ó no tuvo?
SEV. ¿Eso dijo?
RITA Y lo sostuvo.
SEV. (Aunque sean nimiedades
ya no me sorprende nada
de sus sentimientos viles,
cuando cosas tan pueriles
se las cuenta á una criada.)
Pero, ¿qué tiene que ver,
para armarme tal querella,
que yo tuviese con ella
ni dejase de tener?
RITA Es lo que yo la decía.
Si los hombres se casaran
con todas las que miraran,
borrar del mapa á Turquía.
SEV. Ya sospecho de mí mismo.
¿Qué es la familia en el mundo?
Nada, un lodazal inmundo
donde reina el egoismo.
Dudar de mi probidad
es un grosero delito.
Vamos, me ofusco, me irrito.
RITA Con razón. ¡Qué atrocidad!
SEV. Presentimientos tan hondos
ni un extraño los tendría.
¡Yo abusar!
RITA (Con intención.) Ya les diría
quién malversa aquí los fondos.
SEV. ¡Cómo! Hable usted, se lo ruego.
RITA Que usted lleva aquí la carga,
mientras alguno se encarga
de malgastarlo en el juego.
SEV. ¿Vuelta á lo de Carlos?

RITA Sí.
SEV. Señora, eso no es verdad.
RITA Pero es mucha terquedad
negarme lo que yo vi.
SEV. ¿Qué vió usted?
RITA Que don Juan vino,
que el dinero me entregó,
que al otro se lo di yo,
según don Juan me previno.
Mas Carlos, á quien sin duda
ya los naipes le acosaban,
se guardó lo que le daban
y vino á pedirme ayuda,
diciéndome. «Don Severo
no está, y en usted confío;
no le diga usted al tío
que han traído este dinero.»
Se fué, pero de allí á poco
entró aquí con paso incierto,
blanco lo mismo que un muerto,
y gritando como un loco:
«Estoy perdido, perdido;
se me nubla la razón;
soy un pícaro, un ladrón;
he jugado y he perdido.
Voy á matarme al momento.»
Pues, sabe Dios las que irán,
que, como dice el refrán:
«Quien hace un cesto, hace ciento».
SEV. ¿Y Matilde sabe?...
RITA Sabe
que ha perdido ese dinero.
Le digo á usted, don Severo,
que la situación es grave.
SEV. ¡Cuando mi fallo revoco,
de nuevo injurian mi nombre!
Con esto le basta á un hombre
para que se vuelva loco.
RITA ¡Y con menos!...
SEV. ¡Palpitantes
son las pruebas!
RITA Sin embargo...
SEV. ¡Y yo que dejé á su cargo
papeles interesantes!

RITA Su armario está siempre abierto.
SEV. Sospechas con él, me ofenden;
¡pero si todos me venden!...
RITA Menos yo, señor.
SEV. Es cierto.
No merezco tales tratos.
RITA Vaya usted á registrar...
SEV. Yo me sabré despojar
de esta caterva de ingratos. (Vase.)

ESCENA VI

RITA y DOÑA ANTONIA

RITA Cada vez me alegro más
de tener este carácter.
Que se arreglen: no me gusta
meterme jamás con nadie.
ANT. Señora Rita...
RITA Y Matilde,
¿cómo sigue?
ANT. Mal.
RITA ¡Qué diantre!
ANT. ¿Aun no ha venido Severo?
RITA ¡Vaya! ¡Cuánto tiempo hace!
Le hablé de aquéllo.
ANT. ¿De qué?
RITA (Disimula.) Del ultraje
que hace á ustedes con la boda
de que há poco nos dió parte.
ANT. Pues, señora, muchas gracias.
¿Quién le manda á usted mezclarse
ni abogar en los asuntos
donde no la llama nadie?
¿Tiene usté más que rezar
y no venir á crearme
compromisos de esta especie?
RITA Cierto, yo soy la culpable,
que por hacer un favor
ahora á la cara me sale.
¡Si me hubiera estado quieta!
Pero yo tengo el carácter

de interesarme por todos,
y no lo agradece nadie.

ANT. Por lo visto, es cosa inútil
que el secreto se la encargue.
Y vamos á ver. ¿Qué dijo?

RITA Se puso de mal talante
llamando á ustedes ingratos,
y añadiendo por remate
que era usted una ambiciosa
que nunca tiene bastante,
y que no era culpa suya
si había usted sido frágil.

ANT. ¡Cómo! ¿Qué está usted diciendo?

RITA Me ha contado cosas grandes
que me callo por prudencia
y porque usted ya las sabe.

ANT. Pero eso es una impostura.

RITA Mire usted que eso es llamarme
embustera, y yo no miento
si la salvación me vale.

ANT. ¡Severo se ha permitido
decir cosas semejantes!
¡Imposible!

RITA ¿Pero yo
como había de inventarme?...
En fin, señora, ha llegado
á decirme que harto hace
con dar á ustedes asilo,
y que al fin, temprano ó tarde,
la echará de aquí si insiste
en que con usted se case.

ANT. A no haber perdido el juicio
yo no sé como explicarme
su conducta.

RITA Pues yo sí.

ANT. ¿Quien piensa aquí en tal enlace?

RITA Lo habrá inventado la niña,
que con su carita de ángel
ya la boda ha decidido
según la dije á usted antes;
y como ustedes la estorban
sin duda para sus planes,
habrá urdido esa invención
para armar un zipizape

que dé lugar á que ustedes
al fin de la casa salten.

ANT. Por fuerza, porque esas cosas
son mentira hasta la base.

RITA (Es natural; la vergüenza
la impide que lo declare...)

ANT. Me ha dejado usté confusa.
¿De tal manera tratarme?
Me voy á ver á Severo;
quiero saber al instante...
Vienen.

RITA El será.

ANT. No, es Carlos.
¡Ay, hijo! (Echándose en sus brazos.)

ESCENA VII

DICHAS y CARLOS

CAR. ¿Qué tienes, madre?

RITA ¿Qué ha de ser? Que don Severo
es todo un abencerraje,
que decir se ha permitido
ciertas palabras muy graves.

CAR. ¿Sí?

ANT. No la creas.

RITA Sí tal.
Yo le obligaré á explicarme. .

ANT. Debe ser alguna mala
inteligencia.

CAR. No, madre;
que harto inconveniente estuvo
de tí hablando hace un instante.

RITA Ya ve usted que en un pariente,
aunque fuera cierto el lance,
no está bien ir pregonando
con ese impúdico alarde...

CAR. El viene.

ANT. Prudencia, Carlos.

CAR. A solas con él dejadme.

ANT. No, me quedo.

RITA Vamos.
CAR. Vete.
RITA Deje usted que el hecho aclare.
(Vanse Rita y doña Antonia.)

ESCENA VIII

CARLOS y DON SEVERO

SEV. No falta ni un documento
de los que le dí á guardar;
y, sin embargo, las pruebas
acriminándole están.
(Explorémosle con tino.)
CAR. Me va usté á dispensar
que, no obstante de haber sido
mi báculo en la orfandad,
y el apoyo de mi madre,
—señora honrada y leal,—
que en usté creyó la pobre
su providencia encontrar,
llegue hasta usted, revestido
de un carácter especial.
SEV. Grave parece el asunto.
CAR. Lo es en efecto.
SEV. Habla ya.
CAR. Yo... (Se me traba la lengua
y no sé como abordar...)
Yo...
SEV Permíteme un momento.
Dí, ¿no ha venido don Juan?
CAR. ¿Don... Juan?
SEV. Sí. (Principia á obscurecer.)
CAR. (Cayó en el lazo.
Rita ha debido charlar;
voy á fingir que me turbo
y redondeo mi plan.)
No... ha venido.
SEV. (Se ha turbado.)
¿Y le has ido á visitar?
CAR. Sí... señor.. pero no estaba.
SEV. (Irónicamente.)
Hombre... qué casualidad.
Y... ¿no ha enviado el dinero?

CAR. No.
SEV. Bien. (Pausa.) Puedes empezar.
CAR. (Hay que seguir la comedia)
SEV. (Por desgracia era verdad.)
CAR. Dejando para más tarde
lo de mi madre...
SEV. ¡Ya, ya!...
CAR. Yo debo decir á usted
con toda sinceridad...
SEV. Bien, no sigas... lo sé todo.
Supongo que sin pensar
has dispuesto de una parte
de los fondos de don Juan
para salvar á tu amigo.
CAR. Sí, don Severo, es verdad.
SEV. Pues bien, aunque está mal hecho,
como es tuyo lo que das,
no hay razón de acriminarte;
pero aquella cantidad
ascendía á dos mil reales...
Devuélveme lo demás.
CAR. Tío, tío...
SEV. Estás convulso...
CAR. (Fingiendo desesperación.)
¡Tío, soy un criminal!
Mi culpa...
SEV. No te vindiques:
es más prudente callar
que imprimir con la mentira
nuevo sello á tu maldad.
CAR. (Formalizandose y con sinceridad.)
Me está usted haciendo daño;
porque veo, con pesar,
que al querer poner á prueba
ese cariño ideal
de la familia...
SEV. No entiendo...
CAR. Después lo comprenderá.

ESCENA IX

DICHOS, MATILDE, DOÑA ANTONIA y RITA. Esta enciende la luz eléctrica tocando un botón

ANT. Aquí está más abrigado.
RITA Vamos, déjate llevar.
MAT. (¿Qué habrá habido?)
RITA Don Severo,
ríñala usted, por piedad.
Está en su cuarto encerrada
llorando, y si allí la da
la convulsión y la pilla
sola, se nos va á estrellar.
SEV. ¿Y de esa aflicción la causa
no se ha traslucido?
RITA ¡Quiá!
MAT. ¡Pero si no tengo nada!
¡Déjenme ustedes en paz!
RITA ¿Eh? ¡Qué geniecito gasta!
¡Es un potro por domar!
SEV. Será acaso, á lo que infiero,
consecuencia natural
del desengaño terrible
que amenazándola está,
al ver que el hombre en quien puso
su confianza y su caudal
abusando de ambas cosas
ambas malversa á la par.
TODOS ¡Cómo!
SEV. (A Matilde.) No esperé de tí
tal pago en la ancianidad.
RITA (Bien dicho.)
MAT. Si esa calumnia
no fuera más criminal
que la que tú me supones
excusara el contestar,
pero así...
SEV. Ya sé también
que aunque crédito la das
no es tuya la iniciativa;
que *alguien* dirigió este plan.

Por cierto que si esa mano
no fuese tan desleal,
debiera en lugar de herirme
venir la mía á besar.

ANT. ¡Severo!

SEV. Severo soy
porque digo la verdad.

ANT. (Conmoviéndose.)
Carlos, Carlos, habla tú
que yo no puedo ni hablar.

CAR. ¡Madre!

SEV. También su mordaza
puso á Carlos la maldad.

ANT. ¿Qué supones?

SEV. Lo que existe.

ANT. ¿Qué es ello?

SEV. Que á su pesar
ha cometido un abuso...

CAR. ¡Tío!

SEV. ¡Y una indignidad;
un delito!

CAR. (¡Sigue, sigue!)

MAT. Tiene razón.

ANT. ¡Basta ya!
Dudar de mí, lo tolero;
pero de Carlos, jamás.
Es una infame impostura
que no puedo perdonar.

CAR. Tú sola haces, madre mía,
justicia á mi probidad.
Ha sido dura la prueba
y de ella vengo á sacar
el más triste desengaño.

SEV. ¿Qué dices?

RITA (¿A dónde va
con ese discurso ameno?)

CAR. Si hubiera sido verdad
que en un rapto de locura,
bien fácil de disculpar
en la juventud, hubiese
perdido esa cantidad
en el juego, ¿mi familia
me había de condenar,
¡sin escucharme siquiera!

del mundo entero á la faz?
Tranquilícese usted, tío:
aquí su dinero está.
(Pone el dinero sobre la mesa.)
¡Devuélvame usted mi honra
tan limpia como el cristal!

SEV. (Muy emocionado.)
¿Conque has fingido una falta
tremenda, para probar
mi cariño? ¡El argumento
es lo más original!
Pues ¿qué? ¿había de decirte
que hacías bien en jugar
dinero que no era tuyo
y alentarte en la maldad?
Celebro que seas honrado;
pero no te puedo dar
el primer premio de lógica..
ni de sentido moral. (Se abrazan.)

RITA (Cuando miro estas escenas
yo no sé lo que me da...
que hacer no puedo otra cosa
más que afligirme y llorar)

ANT. Hoy mismo te dejaremos
abandonado á la paz
que ambicionada por alguien...
(Mirando á Matilde.)
nos arroja de tu hogar.

RITA Señores, una palabra.
Yo sé que ustedes dirán
que me meto en lo que á mí
nada me importa.

MAT. (Cabal.)

RITA Mas les ruego que mediten
el paso que van á dar.
(A don Severo.)
Usted se queda sin nadie,
su sobrina enfermará
y doña Antonia y don Carlos,
¿dónde han de ganar el pan?
Mañana fueran, sin duda,
los primeros en llorar
su arrebato: hablen ustedes,
que hablando se entenderán.

ANT. Su interés, Rita, agradezco;
pero usted comprenderá
que yo, después de las voces
que Severo, sin piedad
ha propalado de mí,
debo esta casa dejar.

SEV. ¿A qué voces te refieres?

CAR. A una calumnia infernal
conque acusa usté á mi madre
de torpeza y liviandad.

SEV. ¿Yo? ¿Quién ha dicho tal cosa?

ANT. Rita.

SEV. ¿Usted?

RITA ¡Pues bueno está!
¡Si me lo contó ella misma!

ANT. ¿Qué dice usted?

RITA Y además,
ratificó don Severo
diciendo que era verdad
que tuvo amores con ella.

SEV. Todo lo comprendo ya.
Pero, víbora inhumana,
diga usted, mujer procaz,
¿no hay más modo de tener
que de ese modo brutal?
Confieso que cuando supe
que te querías casar
conmigo...

ANT. ¿Yo? ¿Quién ha dicho
semejante atrocidad?

SEV. ¡Toma! La señora Rita...

ANT. ¿Usted?

RITA ¡Aun me pegarán!
¿No dijo usted, doña Antonia,
que supuso que al tratar
de casarse don Severo
no pensaba usted jamás
que fuese con su sobrina,
sino con otra?

ANT. Cabal.

RITA ¿Y qué? ¿No era usted la otra?

ANT. Repugna tanta maldad.

RITA ¡Pues, señor, me he equivocado!

SEV. ¡Rita, Rita, no está mal!

RITA ¿También es embuste mío
el que usted tenía el plan (A doña Antonia.)
de casar á los muchachos?
ANT. No, señora; y natural
lo encuentro, pues que se quieren.
RITA Pues es una atrocidad,
porque no se pueden ver.
Ellos mismos lo dirán.
Hable usted, señor don Carlos.
CAR. Yo la adoro, es la verdad;
pero al saber que mi amor
no se ha dignado aceptar
porque era pobre...
MAT. ¿Yo, Carlos?
¿Quién ha urdido injuria tal?
CAR. Rita ha sido.
TODOS ¡Rita!
SEV. Rita,
pues son ya tres las que van.
RITA Yo no sé qué otra razón
haya para despreciar
á un muchacho que la adora,
que es cortés, guapo y galán.
MAT. No mi ambición, sí la suya,
que con argucia fatal
me amó juzgándome rica,
pobre... despreciome ya...
y me escribió aquella carta
con inaudita crueldad.
CAR. No la ambición, sí el respeto
me hizo la pluma tomar,
cuando de un hombre más digno (Por su tío.)
pude comprender el plan;
porque la señora Rita
que es previsora y sagaz,
me puso en autos de todo.
SEV. Me asusta tanta maldad.
Conque es decir que la voz
que os dió margen á dudar,
primero, de mi cariño,
después, de mi probidad,
fué...
TODOS De la señora Rita.
SEV. ¡Bien!

RITA Es que usted...
SEV. Basta ya.
Mujer que el tiempo malgasta
de hinojos ante un altar,
que reza sus oraciones
por rutina nada más,
que de cristiana blasona
y con la lengua infernal
con que al Señor le da gracias
deshonra á la humanidad,
no la quiero junto á mí,
que al ir la mano á besar
la hiere, pues siempre oculto
lleva en la boca un puñal.
RITA Señor, ¿qué está usté diciendo?
SEV. Que nos deje usted en paz;
que salga, en fin, de esta casa
para no volver jamás.
RITA ¡Jesús, Jesús! ¡Y qué pago
tan injusto el que me dan!
¡A mí, que tanto los quiero;
que soy mujer de fiar;
que evitarles los disgustos
ha sido todo mi afán!...
¡Tan viejecita que soy!...
¿De qué me he de alimentar?
¡Si para servir no sirvo,
pues coser no puedo ya;
si plancho, no lo hago bien,
y si guiso, lo hago mal,
¡ay! potaje de lentejas
el Hospicio me dará!...
(Se deja caer en una silla, llorando.)
MAT. ¡Pobre Rita!
SEV. ¡No la nombres,
porque me irrita el pensar!...
¡Dar margen á separarnos...
y hasta en el trance fatal
colocarme de la ruina!...
MAT. Eso no es posible ya.
Me avergüenzo de mis dudas.
Dispón de mi capital,
y si quieres... de mi mano.
SEV. (Tomándola la mano cariñosamente.)
¿De tu mano? ¡Quita allá!

Pues sabiendo lo que sé,
fuera gracioso... Llegad
hasta mí, dadme un abrazo,
sed muy felices... y en paz. (Uniéndolos.)

CAR. ¡Tío!

MAT. ¡Siempre noble y bueno!

RITA (Levantándose muy contenta.)
¡Bien hice yo en sospechar
que esto acabaría así!

SEV. Señora, por caridad,
márchese usted al momento
donde yo no la oiga más.

RITA (A Carlos.)
¡Interceda usted por mí!

CAR. ¿Porque supo usté guardar
aquel secreto del juego?

RITA ¡Todos en mi contra están! (A don Severo.)
Señor, yo me enmendaré.

SEV. No es posible.

RITA Usted verá...

SEV. ¡Que no!

RITA Pero...

SEV. (Cogiendo una silla.)
¿Usted se marcha?

RITA (¡Qué fiera! ¡Dios de bondad!
¡Les voy á decir á todos
que me ha querido matar
de un silletazo el muy pícaro!)

SEV. ¿Se va usted ó no se va?

RITA Al momento, sí, señor;
que aunque sea en un portal,
al menos lejos de ustedes,
viviré quieta y en paz. (Vase.)

SEV. Ya se disipó el nublado.
Comience el sol á brillar.

RITA (Entrando.)
Si mando aquí por informes,
ya tendrá usted la bondad
de dar los que yo merezca,
no vayan á sospechar
que me voy por algo feo;
que toda la vecindad
sabrá el por qué de aquí á un rato.
Siempre he sido de fiar; (Llorando.)

ni robo, ni canto nunca,
ni voy con chismes jamás.

SEV. ¡Rita!

RITA Agur.

SEV. (Cerrando la puerta.)
Anda con Dios,
y descarga por allá,
que con lenguas viperinas
ni hay familia, ni hay hogar.
Pero, aun siendo como es,
no habrá de faltarle el pan
mientras yo viva..

MAT. ¡Qué bueno
eres!

CAR. La suma bondad.

SEV. Pero lejos de esta casa,
si hemos de vivir en paz.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el CRIADO. Después RITA

CRIADO Señor, la comida espera.

SEV. Ahora no me dejarán
solo, como esta mañana.

MAT. No; ¿quién piensa en ello ya?

RITA (Entrando y dirigiéndose al público.)
Aquí vuelvo despechada,
víctima de la malicia,
para reclamar justicia
y pedir una palmada.
Lo que pido es casi nada;
el negarlo empeño vano,
y si hay un solo cristiano
opuesto á lo que propongo,
no hay remedio, lo indispongo
con todo el género humano.

TELON

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.